



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

Una niña demasiado vieja

Ricardo Cabrera
Julio 17, de 2020



Para la vieja, el hábito de dejar su taza de café a un lado de la ventana se había convertido en una especie de ritual, no lo hacía con el afán de molestar, simplemente, después de deleitarse con la bebida, y contabilizar a cuanto transeúnte pasaba, se desconectaba del mundo. Su consciencia parecía haberse ido con el último sorbo del aromatizado líquido.

Como preludeo del inicio de su día, su nieta escuchaba el ruido de los resortes de su destartada cama, indicio inequívoco de la autora; su abuela, en el borde de la cama, buscaba a tientas sus sandalias, se complacía con el ruidillo que ocasionaban, era como la lija cuando raspa la madera.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

Por supuesto, a la nieta este tipo de manifestaciones seniles le ponían los pelos de punta. Se había cansado de pedirle, de rogarle que no lo hiciera, pero era como hablar en una iglesia vacía, las paredes le devolvían su propia voz. Y esto ocurría invariablemente, todos los días.

Se levantaba, se quedaba parada bajo el marco de la puerta en espera de su nieta, cuando la tenía a un lado, era conducida al baño, como si se tratara de una niña, una niña demasiado vieja. Después, ocupaba su silla, el primer sol de la mañana cubría sus marchitos brazos con el mismo amoroso calor de una capa, su largo cabello blanco, caía como el velo de una novia. Tomaba el cepillo y comenzaba a cepillarse lentamente, era la invitación para que su nieta continuara con la tarea comenzada por ella.

Un listón a media altura de la cabellera y estaba lista para su taza de café. Su abuela dejó de hablar, justo en el instante en el cual fue trasladada de la casa de su único hijo vivo, se desligaron de ella, con la misma facilidad de un trasto viejo.

Sin solicitar su aprobación, irrumpieron en su casa un día cualquiera y se la dejaron, —por supuesto, puedes deshacerte de ella le dijeron, pero nosotros ya no podemos hacernos cargo—. En esto, había intervenido la nuera, y el hijo, harto de escucharla, prefirió deshacerse del inútil fardo en el cual se había convertido su madre.

En ocasiones, la nieta se sentaba en una silla detrás de ella, como un punto de fuga, en el cual la proyección de su juventud se divisara lejana y se transformara en vejez. Entonces, recordaba los días de infancia, -no tan lejanos-, en los cuales su abuela cumplía todos los días con los mismos rituales que ahora tanto la molestaban. La esperaba a que se levantara, cepillaba su cabello largo y negro y le servía una taza con un atole humeante y espeso que tanto le gustaba. A diferencia suya, parecía no molestarle. Su madre había fallecido a consecuencia del cólera, sin nadie más que se hiciera cargo de la niña, la abuela no había tenido reparo alguno



en aceptarla. Ahora, le estaba devolviendo el favor. Aunque, en ocasiones resultara tan difícil de poder hacerlo. Su determinación de poder ayudarla fue puesta en varias ocasiones, la última de ellas, termino con sus posibilidades de matrimonio, el novio había impuesto la condición de aceptar bajo el juramento de deshacerse de la mujer, de confinarla en un asilo y que otros se hicieran cargo de ella, los costos correrían por su cuenta, eso era lo de menos, pero la mujer no podía formar parte de su nueva vida de casados. Desde luego, no aceptó, durante muchos días culpó a la anciana de su infortunio, pero conforme estos fueron pasando, se dio cuenta que no era causa de ella. Era mucho más simple, no podía comenzar una nueva vida al lado de un hombre que le impusiera condiciones, ahora se alegraba de haber terminado con una relación que de seguro terminaría mal.

En realidad, aceptar a su abuela fue un acto de devoción hacia la antigua matriarca, solo que en ocasiones le costaba mucho trabajo poder adaptarse a la idea de convertirse en su única cuidadora.

Los días continuaron sin variación alguna, la vieja resistiendo y la nieta renegando, esta condición se vio rota un día en el cual la anciana, después de terminada su taza de café, se volvió hacia su nieta, la vio sentada tras ella; sus ojos, parecieron rejuvenecer por un momento, se tornaron húmedos, y sus labios reseco musitaron como si de una plegaria se tratara, un “gracias”, casi imperceptible, se desprendió de la boca de la mujer como una caricia, la palabra dicha, la única en mucho tiempo, no volvió a ser repetida, ni a esta siguieron nuevas palabras. La mujer regresó a su condición habitual. La joven mujer, conmovida hasta las lágrimas, se levantó y se aferró al cuerpo de la vieja que continuaba viendo por la ventana. Le pidió perdón por haberla tratado en forma injusta en algún momento. Aunque, en realidad, su hartazgo nunca se tradujo en malos tratos. Siempre se guardó para ella, la incomodidad que representaba en algunos días el cuidado de la mujer.



La vio levantarse y caminar patosamente hasta su habitación, sabía que no la vería hasta el día siguiente, en otro día igual para ambas. Pero no fue así, la mañana del día siguiente no se vio interrumpida por el ruido ocasionado por los resortes, o por la molesta fricción de sus sandalias sobre el piso. En un principio, no lo echo de menos, fue hasta que terminó de preparar la taza de café. Se asomó, la anciana aún no se levantaba, se precipitó hacia el interior de la habitación. La cabeza de la mujer se veía como el botón de un diente de león que espera el viento para desprenderse de su centro y volar en todas direcciones. La habitación, dotada con lo mínimo indispensable para evitar que pudiera sufrir un accidente cuando se levantaba, se sentía especialmente vacía esa mañana. Se sentó al borde de la cama, sabía que su abuela ya se había ido.

Las lágrimas corrieron abundantes sobre sus mejillas lozanas, tomó las manos frías de la mujer y las besó con devoción, no sentía una liberación por la inminente ausencia de la anciana en los días por venir. Por el contrario, una pesada losa de culpa y sentimientos encontrados apretaba su pecho, era como haberse colocado un jubón demasiado apretado que solo ella podía ver y sentir.

Los trámites funerarios fueron rápidos, dolorosamente burocráticos y solitarios, omitió llamar a sus familiares, cuyo corazón siempre estuvo más muerto que ahora su abuela. Era seguro que le recriminarían después, cuando la situación se presentara, ya sabría ella como darle cauce.

El cuerpo de la mujer solo fue acompañado al fondo de la fosa por su nieta, quien, estoicamente soportaba una lluvia fina que se convertía en gruesas gotas al llegar a su piel. Escuchó el ruido de las cuerdas al bajar el féretro y el posterior siseo de las mismas al pasar sobre la madera, como si fuera una víbora. Las paletadas de tierra se escuchaban huecas, como si el interior del cajón estuviera vacío.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

Regresó a su casa, no sentía ganas de nada, era como si le hubieran arrancado la cuerda de la caja de las sonrisas. Lloró amargamente y lo hizo en forma tan prologada que el sueño la venció.

Por la mañana, aún aturdida por los eventos del día anterior, en medio de una semi inconsciencia, le pareció escuchar el lamento conocido de los muelles de la cama de su abuela. Abrió los ojos, su mente le estaba jugando una mala pasada. La puerta del cuarto estaba abierta. El quicio de la puerta, aunque vacío, a ella le parecía lleno de la figura de su abuela. No sentía miedo, solo una desazón extraña, se había acostumbrado a ver a la mujer, como si esta fuera parte de la decoración y ahora la echaba en falta, igual que nuestra costumbre por ver un jarrón en la misma esquina durante años, y repentinamente al día siguiente o día equis, nos damos cuenta que ya no está.

Se dirigió a la cocina, se sentía triste y vacía, se movía maquinalmente, no sentía hambre, ni ganas para salir y presentarse en su trabajo.

Miró hacia la ventana, la silla estaba dispuesta en la misma posición de todos los días, estaba vacía claro, aunque para ella, la presencia se sentía tan sólida como todos los días.



Sobre la mesa, al alcance de una mano, una taza de peltre, parecía esperar, no era la taza de la abuela, era más lejana en el pasado, la reconoció de inmediato, era similar a la taza que su abuela le llenaba con atole, se acercó temerosa,

estaba sola, no recordaba haberla puesto allí; su sorpresa aumento al ver su contenido, un espeso atole despedía un penetrante olor a canela y clavo, el humo



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

ascendía como si fuera el alma de la difunta. A punto de caer por la impresión, se sentó en la misma silla que ocupara la anciana, se vio de pronto en una posición que le era desconocida, el punto de fuga había cambiado, ahora ella ocupaba la posición de la abuela, volteó con temor en espera de confirmar sus sospechas, entonces la vio, la anciana ocupaba ahora la silla desde donde en ocasiones ella misma la miraba, y desde donde la vio decirle gracias el día anterior a su muerte.

Quiso levantarse, sus piernas se sentían pesadas, el cansancio la ataba a la silla como si todo el peso del mundo descansara sobre sus hombros. El sol, apenas si calentaba sus brazos jóvenes, los veía resplandecer de vida, y sin embargo, continuaba sintiendo frío. En forma instintiva, cogió la taza azul de peltre y bebió de su contenido, le llegaron a su lengua, las notas lejanas de una niñez en el campo, de días felices y risas de la abuela, de historias compartidas por ambas.

Continuó tomando su atole hasta terminarlo, y continuó a partir de ese momento con el mismo ritual. Antes de sus actividades diarias, se sentaba en la misma silla, tomaba un espeso atole, se cepilla el cabello, y después de eso, se disponía a continuar con su vida. 2